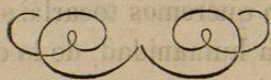


mar, hasta que traigan en su seno, como aquellas entre sus espumas, el gran pensamiento, y el grande arquitecto que le dé forma y proporciones.

El orador evoca esta época mas ó menos lejana, y pide á la inteligencia esa cabeza y ese brazo que han de reorganizar la obra imperfecta que hoy conocemos. El orador dispone de la conciencia pública, no contaminada por el error ó por el interés, porque él es á la vez su intérprete, su órgano, su fanal y su expresion. El orador manda la fuerza, porque la fuerza no ha de ser siempre rebelde á la razon que acaba por dominarla: el orador rinde y subyuga el poder cuando se extravía, porque forma la opinion ante la cual el poder que se desborda siente la necesidad de enfrenarse. No le falta mas que poder disponer del tiempo: poder apresurar la obra de madurez y de perfeccion que aquel traerá envuelta entre los pliegues de su añoso ropage, y que ha de ir mostrando al mundo segun vaya adelantando en sus filosóficas aspiraciones y en su marcha progresiva.

Si el orador tuviera este poder único á que no le es dado llegar, seria el emblema de Dios en la tierra: ligaria los sucesos con la fuerza de su querer y de su voz, y en un momento realizaria su designio, y sacaria á los pueblos de su abatimiento y miseria, como el autor de la naturaleza sacó del caos la creacion por medio de su fecundante palabra.



CAPITULO II.

Reflexiones generales sobre la elocuencia política.

AL fijar la atencion en el cuadro de esta elocuencia, lo primero que se ofrece al exámen crítico, es la comparacion entre la elocuencia política de los antiguos, y la de los modernos. Las reflexiones mas ligeras bastan para comprender la gran ventaja de la primera sobre la segunda, y para hacernos confesar con dolor, que nosotros no tenemos realmente ni podemos tener elocuencia tribunicia.

En las antiguas repúblicas, los oradores hablaban al pueblo susceptible en todas partes de impresiones vivas y generosas, atento siempre á su interés, y con un instinto maravilloso de libertad. Los oradores podian entregarse á todos sus movimientos; y estaban seguros de su triunfo, toda vez que sus opiniones fuesen favorables á la libertad ó al interés comun.

En las asambleas actuales por el contrario, la opinion se sacrifica frecuentemente al cálculo y á los compromisos, los partidos son inmutables en su pensamiento, y cada cual entra en la discusion con su resolucion tomada y con el propósito firme de no variarla, cualquiera que sea la fuerza de las arengas que se pronuncien en uno ú otro sentido. Esto se dice en todos los gobiernos de discusion, que es organizar ó disciplinar los partidos políticos de una cámara: dígase mas bien que es anular el debate, puesto que por estas convenciones precedentes viene á ser inútil, y destruir por lo tanto la base de los gobiernos llamados representativos. El poder tiene organizado un batallon sagrado que nunca le abandona: bien pueden los oradores que impugnen la marcha ó las opiniones de aquel, esforzar sus recursos hasta introducir la conviccion en los bancos mismos de la asamblea, si capaces fueran de sentido. Se aplaudirá su discurso; se repetirá con santa franqueza por sus adversarios en particular, que tiene razon y que ellos piensan del mismo modo: mas llegando el momento de votar, los impulsos del hombre de partido ahogarán la opinion del hombre de exámen. ¿Para qué quieren los oradores pronunciar grandes arengas? ¿Qué utilidad alcanzan con todos sus trabajos, con todo su celo y con todo su patriotismo? Ninguna: desesperarse solo al ver por dentro el secreto de las discusiones, y el poder de bajas é impudentes deferencias. Y no se crea que este es el vicio de las monarquías templadas: repúblicas bien nuevas nos lo presentan desde su cuna, y hacen reflejar como en un espejo, el triste cuadro de esas concertadas avenencias y funestas organizaciones. ¿Era tan flexible el pueblo que escuchaba á los oradores, y que decidia en las antiguas repúblicas? ¿Se le hubiera manejado y organizado tan

fácilmente en provecho del poder y en apoyo de sus aspiraciones y tendencias? Seguro es que no, y he aquí la primera causa que influye en el carácter de ambas elocuencias. La de los antiguos, de libres y secundos medios, de franco y amplio debate, de decisiones independientes: la de los modernos, de medios que se estreñan en las alianzas celebradas de antemano, de debate inútil ó de pura ceremonia, y de decisiones que cualquiera puede con seguridad marcar antes de que recaigan, porque ya se sabe cómo ha de opinar cada uno. Pásemos á la segunda causa de diferencia entre las elocuencias de ambas épocas. La de los antiguos se mostraba siempre exenta de temor y de vanos respetos; superior á todas las consideraciones medrosas ó personales: los modernos han inventado las palabras de conveniencias sociales, conveniencias parlamentarias, conveniencia de todo menos del país, las cuales no son mas que un yugo que se impone á los oradores, y una mordaza [que sella sus labios para que no anuncien verdades atrevidas sin duda, pero interesantes en la misma proporcion, y cuya revelacion seria el mejor servicio á la justicia y á la causa pública. Vamos á ver una muestra de esa ruda, pero útil franqueza que tanto vigor daba á los discursos de los antiguos; y en que la libertad y el interés comun encontraban gran provecho, puesto que por ella se presentaba á los hombres tales como eran, y se les arrancaba la máscara para que no pudieran burlar ni esplotar la credulidad de sus conciudadanos. Repetimos este ejemplo citado en el tomo 1.º al tratar de la amplificacion, porque su lenguaje y la reputacion del orador á quien se debe nos lo hacen preferir á cualquier otro. Demóstenes contestaba á Esquines en la famosa cues-

tion en que se trataba de decretar la corona que reclamaba el primero. Despues de justificar todos los consejos que habia dado desde la tribuna y su patriótica conducta en todos los negocios, continúa así:

“A vista de esto me preguntas, Esquines, ¿por qué virtudes pretendo que se me decreten coronas? Pues yo te respondo sin vacilar. Porque en medio de nuestros magistrados y de nuestros oradores, generalmente corrompidos por Filipo y Alejandro, siendo tú el primero de ellos, he sido el único á quien ni las delicadas y críticas circunstancias, ni las persuaciones, ni las promesas magníficas, ni la esperanza, ni el temor, ni el favor, ni cosa alguna de este mundo, me han podido mover á que desista de lo que creia favorable á los derechos é intereses de la patria: porque cuantas veces he aventurado mi parecer y mis consejos, no lo he hecho como tú, cual mercenario, que semejante á una balanza, siempre se inclina al lado que recibe mas peso; sino que una intencion justa y recta ha dirigido siempre todos mis pasos; porque en fin, llamado y exaltado mas que ningun otro de mi tiempo á los primeros empleos, los he servido y desempeñado con una religion escrupulosa y con una perfecta integridad. Por esto pido que se me decreten coronas.”

Este discurso valió el destierro á Esquines: ¡Cuántos destierros habria que decretar hoy en todos los paises de formas representativas, y por consiguiente de discusion, si los oradores corriesen el velo que forma la hipocresía política de sus adversarios, y los presentaran al pais tales como son; con su ambicion injustificable, con su oculto maquiavelismo y con su mal disimulada inmoralidad!

Pero se dirá: “esto seria atroz: esto invadiria un terreno vedado: esto sublevaria las conciencias, y daria lugar á continuos escándalos.” Detengámonos un momen-

to, porque las ideas cuando se generalizan, son con mucha frecuencia inexactas, y porque la ligereza y falta de exámen tienen acreditados muchos errores.

¿No se permite á un abogado que defiende al desvalido á quien espolió un hombre astuto y poderoso, que á la presencia del tribunal, á la vista de un numeroso concurso, en el seno de la publicidad mas completa, denuncie y persiga el robo, y hasta que recurriendo á lugares comunes y á consideraciones generales de conviccion moral, recorra la vida entera del acusado y lo entregue retratado con los colores mas feos á la execracion pública? ¿No se le permite alegar como prueba, que su contrario no tiene medios conocidos de subsistencia, y que sin embargo en pocos años ha subido como la espuma, y ha pasado de una situacion menesterosa á otra de comodidades, de lujo y disipacion? ¿Detiene nadie la mano del abogado pintor al trazar este odioso retrato? Sin duda que no: ¿Escandaliza la pintura? Tampoco: ¿Se juzga desmedido ó injurioso el ataque? Mucho menos: ¿Y por qué? Porque aparte de las consideraciones que se deben al hombre, y muy por encima de su nivel, están las consideraciones que se deben á la justicia y el interés de que ésta se administre, en lo cual todos nos hallamos mancomunados.

¿Y es de menos valía el interés público, el interés y la suerte de una nacion entera? ¿Para qué se nombran los representantes, para qué se les concede la investidura de tutores y defensores de los intereses del pais, sino para que busquen con infatigable afan la verdad, y una vez encontrada la denuncien al mundo con entera é imperturbable decision? Se buscan paliativos, se dan mil vueltas y rodeos medrosos como si se temiera llegar al punto á que se deberia caminar directamente, se suelta una

que otra verdad envuelta en tantos celages, que es imposible descubrirla, y mas imposible aún que penetre en la conciencia pública para ilustrarla, y cuando así se ha contemporizado con los desafueros que se debian denunciar del modo mas arrojado y paladino, el orador queda ufano y satisfecho de su obra, y todos repiten en coro que maneja la discusion con el tacto mas delicado, y que nunca falta á las conveniencias parlamentarias. Nosotros nos atreveriamos á dirigir una pregunta á esos oradores de disimulo y de reticencias, y pondriamos solo por juez para decidir á su corazón, si pudiéramos esperar que nos respondiera con lisura. En las conversaciones diarias con vuestros amigos, les diriamos, ¿no deplorais ciertos hechos, no excitais vuestra indignacion, y levantais contra ellos vuestra voz con un celo tan santo como inútil? En vuestros ratos de meditacion solitaria, cuando repasais todo lo que se agita y mueve en torno vuestro; cuando haceis desfilar por delante de vosotros en el panorama de vuestra memoria á tantos personajes funestamente célebres y á tantos acontecimientos ruidosos con la triste escolta de los desengaños y defecciones á que han dado lugar: cuando comparais vuestra vida con la vida de otros, vuestros medios con sus medios, y vuestra situacion con la suya, ¿no os llenais de un despecho indefinible, no prorumpe vuestra lengua en sentidas imprecaciones, y no os posee la cólera, esa cólera santa contra los abusos y contra la injusticia, que es el sentimiento mas profundo é interno del hombre de bien? ¿Por qué, pues, la reprimís, cuando su justa explosion y las revelaciones que de ella se seguirian, son un tributo que os exige á la vez el corazón que os inspira, y el país que os puso en evidencia y contempla vuestro cobarde silencio? Me respondereis que decís hasta donde

se puede; mas acaso ¿es bastante decir algo cuando debe decirse todo? ¿Por ventura la medio verdad no es el error? ¿No equivale á encubrir, disimular? ¿Cuántas veces no estando todavía revestidos de un carácter público, habeis exclamado á la vista de los mas generales: "si yo tuviera el derecho y el poder de hacerme oír, hablaria muy alto y no callaria hasta conseguir el remedio!" Pues bien: cambió la escena: de vuestro retiro mas ó menos oscuro, mas ó menos alejado de la política, habeis venido á su teatro: conoceis y debeis conocer á todos los actores; tocais los males por vosotros mismos; ¿cómo es que se han debilitado vuestros brios, cómo es que tanta parada de arrojado ha venido á quedar en una mudez deplorable, si es que no os prestais á servir á otra causa y á otros principios de los que antes eran el símbolo de vuestras creencias? Y sin embargo, estos cambios y estas aberraciones forman con frecuencia el cuadro de los gobiernos de discusion, ya sean monárquicos representativos, ó ya puramente democráticos, porque el poder en todas partes impone hasta á las conciencias, y solo se piensa en que está muy elevado, bien haya caido de arriba ó bien haya subido de abajo. Mas esto no es tampoco servir al poder que en circunstancias dadas puede verse condenado á la ceguera de Edipo, y que en ellas quien mejor le sirve es quien mejor le desengaña. Por eso dijo el sábio de la antigüedad llevando á mal los inciensos de un lisonjero, que es necesario ó no acercarse al poder, ó acercarse para decirle cosas útiles.

Otra diferencia muy notable ha debido tambien constituir entre las elocuencias tribunicias antigua y moderna, la base sobre que descansaban unas y otras instituciones, y el espíritu público y costumbres que no podian menos de crear. En aquellos tiempos y en aquellos go-

biernos el ciudadano era á la vez súbdito y rey. Era un elemento que entraba directa é inmediatamente en todo lo que se referia á su pais, pues le nutria con su trabajo ó con sus conquistas, le defendia con su brazo, y le dirigia con su cabeza ó con la influencia de su voto en la plaza pública. La imágen sagrada del interés de la patria se reflejaba en el cuadro estrecho del interés individual, y venia siempre á confundirse con él. El hombre no era en ninguna parte un átomo á quien se concediera una representacion bastarda y mentida, explotada bien pronto por los ambiciosos ó por los impostores. Era el todo, dotado de un carácter supremo y de una voluntad omnipotente. Teniendo tan alta idea de sí propio, consecuencia necesaria de sus elevadas prerogativas, no podia cerrarse en la oscuridad y en la abyeccion, porque su propia conciencia le levantaba sobre la atmósfera de apocamiento en que hoy vagan y se confunden muchas capacidades. De aquí el heroismo, que no es mas que el sacrificio que dicta el deber impulsado por el sentimiento de la propia importancia: de aquí el entusiasmo, que no se puede sentir en las heladas regiones de la esclavitud y de la nulidad. ¿Se encontrarían hoy entre nosotros muchos Decios, muchos Horacios, y muchos Mucios Scévolas? Seguro es que no: porque aquellas virtudes heróicas se han reemplazado en nuestros dias por el cálculo frio que todo lo achica, y por el egoismo que todó lo pervierte; porque los grandes rasgos no se encuentran jamas en almas pequeñas: porque todo lo hemos metalizado; y porque formado el carácter sobre el contacto de las costumbres, los corazones se han hecho tan duros como ese mismo metal, siendo ademas á la vez cobardes y corrompidos.

En tales circunstancias no nos es dado esperar aque-

lla elocuencia magnífica engendrada por la elevacion del alma, ni aquellos hechos sobrehumanos que han llenado al mundo de sorpresa y admiracion. El esclavo sabe prosternarse, pero no se sabe oponer: el parásito maneja bien el incensario de la lisonja, pero su mano no puede empuñar la espada; y el calculador político urde la intriga que allana el camino á sus ambiciones, pero no cuida de valerse del arma de la palabra en el combate abierto y franco del talento. ¿Ni para qué la necesita? La palabra que cae en el vacío y el desierto, vaga por las soledades sin producir mas que un eco que se pierde en el espacio: el aire se la lleva y disipa, en tanto que los destinos y las consideraciones entran en la casa y aumentan la representacion y la fortuna. La representacion. . . sí: esa representacion equívoca y algunas veces ridícula que casi siempre supone el favor y la falta del mérito: esa representacion que deslumbra como un falso oropel á la vista del vulgo, pero que no es mas que un disfraz prestado y de mal gusto á los ojos del filósofo: del filósofo que en el tribunal severo de sus principios encuentra que el valor está, no en llenarse de empleos, cargos y vanas consideraciones, sino en saberlos merecer y no solicitarlas ni recibirlas nunca.

Otra causa hay acaso mas influyente todavía en el carácter de las dos elocuencias que estamos comparando. La elocuencia es al mismo tiempo un adorno y un arma. En lo antiguo los oradores eran honrados como los hombres favorecidos del cielo que hablaban el lenguaje de los dioses, porque de ellos recibian el hálito y la inspiracion. Mas en nuestros dias, ¿qué elocuencia es la que se honra? ¿cuál es la que se premia y levanta al orador en el órden material sobre el nivel de los demás hombres? No es esa elocuencia viril, independien-

te y si se quiere ruda, que sirve á la causa de la justicia atacando la sinrazon y los abusos: la favorecida, la mimada en todos los países es esa otra elocuencia mercenaria que se arrodilla ante el poder para recibir de él las inspiraciones y los mandatos; es esa elocuencia que lame como el perro para merecer el pan que su amo le arroja; es esa elocuencia complaciente como una meretriz, baja como la deshonra, que se arrastra como los reptiles, y que describe su marcha como ellos entre el polvo ó entre el cieno, sin atreverse á alzar la cabeza hácia el pueblo, de cuyas creencias é intereses ha renegado: elocuencia con lucro, pero elocuencia sin fê; elocuencia calculada, pero elocuencia sin conviccion; elocuencia que hace al hombre gigante en su ostentacion, pero pigmeo en el mérito verdadero; elocuencia que pasa por el mundo sin dejar á la posteridad sino el desprecio, ni al mismo que la usa otra recompensa, que el jornal ó salario en que se ha estipulado.

En lo antiguo no habia barreras; los ciudadanos eran lo que ellos querian ser cuando sus aspiraciones estaban apoyadas por sus talentos y por su probidad: mas hoy no pueden ser otra cosa que lo que los demas quieren que sea. Generalmente se aspira á levantarse en hombros del valimiento, y se siente poco la necesidad ó la ambicion de distinguirse para adquirir los puestos que encumbran, formando á la vez un patrimonio de la gloria. Esta es la consecuencia de los principios y de la opinion, que por otra parte podrá tener sus ventajas.

Respecto á la elocuencia, ya hemos visto que no tiene ninguna.

La antigua era el trueno que ensordecia los valles, el áspero rugir del leon que llenaba de espanto el desierto: era la voz poderosa del cielo que descendia sobre los

hombres para llevarles á la dicha y á la inmortalidad: la moderna es el estertor del moribundo, la palabra mutilada, sin fuerza, sin eco, sin aliciente, que sale de la tribuna para ser escasamente escuchada, y que despues de haber recorrido todos los ángulos de las asambleas, vuelve desairada al orador que la recoge entre algunos tímidos aplausos y con la conviccion profunda y dolorosa de su ineficacia.

Pero los tiempos mudan, y para coger mañana es necesario sembrar hoy. Por fortuna el mundo no toca todavía á su término, y es inmenso el campo en el porvenir de las naciones. Sus destinos variarán algun dia, y nosotros debemos trabajar y prepararnos para el momento de esa feliz coyuntura. Entonces la palabra será un poder, y sus conquistas pacíficas harán olvidar esas otras conquistas sangrientas que han devastado el mundo cuando solo regia en él el cetro de la fuerza. Esperemos y trabajemos, que esperar y trabajar son las dos palabras sacramentales que encierran la suerte futura de los países civilizados.

